

ENSAYO

Crucigrama para un crítico literario

Diego Rojas Ajmad

Centro de Investigaciones y Estudios en Literatura y Artes

Universidad Nacional Experimental de Guayana

Ciudad Guayana estado Bolívar

rojasajmad@gmail.com

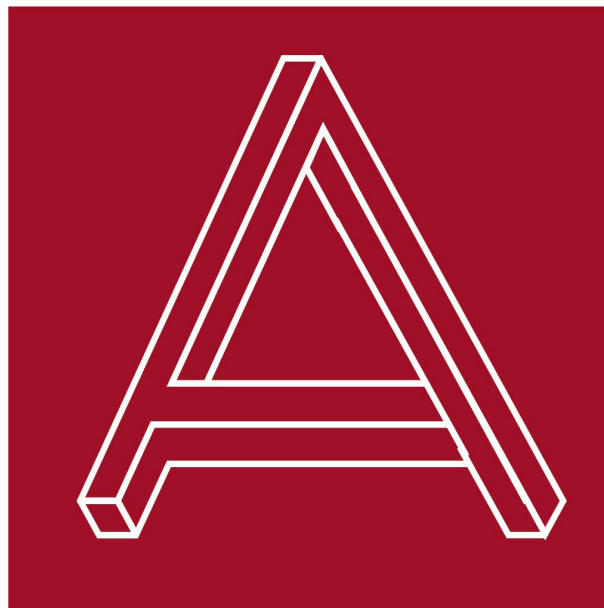
1 Horizontal: capacidad que todo crítico literario debe poseer

Mi padre es un mago. No lo digo en sentido figurado para elogiar su labor de crianza, sino que en realidad él es mago de pañuelos, naipes y conejos. De pequeño me asombraba aquel maletín para guardar herramientas que él había convertido en depósito de trucos. En cualquier reunión familiar, el maletín se convertía en el centro de atención, del cual surgían maravillas que dejaban boquiabiertos a todos: el truco de la moneda que aparece en la oreja del desprevenido, el de los aros sin fisuras que logran desunirse, el de la paloma que sale de un montón de pañuelos, el del cigarro encendido que desaparece en el puño, el de los naipes voladores... Truco tras truco, las fiestas terminaban con mi padre rodeado de niños que suplicaban por un acto de magia más.

En casa no era distinto y la magia persistía. Recuerdo los sábados con mi padre al frente del televisor viendo al Mago Henry hacer de las suyas. Las explicaciones que daba mi padre acerca de los trucos que observábamos siempre venían precedidas de una advertencia: "Un buen mago nunca revela sus trucos".

Debo confesarles que por conocer la artimaña, por saber de la existencia del espejo que deforma, del compartimiento secreto, de la carta marcada; en fin, de los artilugios que permiten la ilusión, tuve irremediamente que buscar otro tipo de magia, algo que me ofreciera de nuevo la fascinación. Recurrí a los libros para buscar la magia perdida y conseguí en ellos trucos estupendos, algunos superiores a los que hacía mi padre: supe de naipes soldados que obedecían una reina que vivía en un lugar mágico; conocí a unos soñadores que intentaron llegar al centro de la Tierra y hasta a la misma Luna, y lo lograron; me enteré de un hombre que al despertar se encontró convertido en un monstruoso insecto...

Quizás, al final, decidí hacerme crítico literario para recuperar el asombro.



2 Vertical: estudiar Letras. Sinónimo de improductivo

Al culminar el bachillerato, el sendero que se bifurca se impone ante nuestra vista y debemos, por la premura de no perder el cupo en la universidad, por las presiones familiares y guiados por la inexperiencia, decidirnos por un camino profesional. ¿Medicina, Derecho, Ingeniería? (la familia sonríe satisfecha, orgullosa). ¿Letras? ("¡por el amor de dios!, ¿y de qué vivirás?"). Es el eterno y falso dilema entre el prestigio y seriedad de las ciencias y la inutilidad de las humanidades.

Cada vez que llegaba a mis oídos esa vieja polémica, cada vez que presenciaba el sempiterno dilema de determinar la superioridad de una o de otra, recordaba inevitablemente a Medardo de Terralba, mejor conocido como el Vizconde Demediado. Ese personaje de la literatura italiana, creado a mediados del siglo XX por Ítalo Calvino, representa a un ser humano escindido, víctima de un cañonazo que lo había separado en dos mitades, las cuales se habían salvado de una manera fantástica y que, desde ese momento, vivían de manera independiente.

Creer que las ciencias pueden desarrollarse separadamente de las humanidades, y viceversa, es

suponer que el mundo es maniqueo y que el Vizconde Demediado puede aparecerse en cualquier rincón de una supuesta realidad cuadriculada. La modernidad, en su empeño por racionalizar y clasificar el mundo, ha intentado convertir a los seres humanos en Demediados, la razón separada de la pasión, un corazón desvinculado de su cerebro. En esta situación, que por su difusión y arraigo parece ya ley natural, encontramos la errada idea de una supuesta superioridad de la ciencia por sobre los estudios humanísticos, quedando reservada la racionalidad para la primera y la pasión para la segunda.

Insistir en separar las ciencias de las humanidades no hará más que profundizar los graves problemas de valores que están fracturando a la sociedad contemporánea. Por esa razón, la educación debería retomar su función de formación integral y olvidar las erróneas ideas de titular a un bachiller en ciencias y otro en humanidades. La universidad, en sus planes de estudio de sus diversas carreras, debe hacer otro tanto por unir nuestras dos mitades. Hay que intentar un nuevo regreso hacia esa visión integral del mundo. Quizás nada mejor que prestar oídos a las palabras de Ángel Rosenblat, quien nos aconseja acertadamente:

El conflicto entre las Humanidades y la Ciencia es un conflicto falso, nacido de pueriles pretensiones de monopolio o de supremacía. Hoy no puede pensarse en unas Humanidades que dejen de lado la grandeza humana de la Ciencia, ni en unas Ciencias tan descarnadas y asépticas que prescindan del aporte del mundo humanístico. Humanidades y Ciencias son vertientes complementarias del espíritu humano, y es urgente abrir amplios vasos comunicantes para que cada campo se fertilice y enriquezca con los tesoros del otro” (Rosenblat, 1990, p. 38).

En realidad, y eso vine a aprenderlo en la Escuela de Letras, la crítica literaria posee sus corrientes teóricas, sus posturas epistemológicas, sus técnicas y procedimientos que no la hacen distinta a los demás procesos de búsqueda de la verdad.

El crítico literario ya no es un mago, sino un científico que está en la obligación de revelar sus trucos.

3 Horizontal: lo que los estudios literarios anhelan ser

El miércoles 28 de junio del año 2006 escuché, por casualidad, al presidente de Fundayacucho decir una frase que me hizo reflexionar por horas. Por televisión, en una entrevista matutina, el moderador preguntaba al presidente de la prestigiosa fundación que otorga becas para estudios universitarios acerca de la posibilidad de

recibir financiamiento para estudios de postgrado en el exterior en las áreas humanísticas. El entrevistado respondió sin ambages: *“el estado financia estudios en áreas prioritarias... Petróleo, ingeniería, comunicaciones... Venezuela no necesita de literatura”*. Palabras más, palabras menos, el presidente de Fundayacucho despachaba en esa sola frase una tradición investigativa que, desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, ha sido actividad fecunda que intenta descubrir lo que somos.

Esa imagen de menosprecio e inutilidad que se tiene hoy día de los estudios literarios y del investigador cultural es de reciente data y supone una crítica utilitaria al saber, fomentada por la visión tecnológica y desarrollista que nos arropa desde la segunda mitad del siglo XX. El “letrado”, como tipología de las figuras de poder en las sociedades occidentales de base escrituraria, desempeñó un rol fundamental en la configuración, preservación y difusión del saber escrito, creando al mismo tiempo diferenciaciones y exclusiones en el campo cultural. Con el advenimiento de las nuevas tecnologías y el cambio sufrido en la noción de “literatura”, cambio que reconfiguraba los límites de autor, lector, texto, canon, crítico, entre otras, se dio un vuelco al estatus y sentido primigenio del “Letrado”, llegando al extremo de considerarlo hoy como profesional sin sentido ni lugar en el mercado de trabajo, mero oficio de pasatiempo. Profesional formado para una realidad inexistente. Los nuevos paradigmas de la política, la tecnología y la sociedad han hecho que, al decir de Alvin Kernan:

La literatura en los últimos treinta años, más o menos, haya vivido una época de disturbios radicales que han puesto de cabeza a la institución y sus valores más fundamentales. En la década del sesenta se empezó a hablar de la muerte de la literatura, con una clara alusión al anuncio nietzscheano de la muerte de dios, y ya en 1982 Leslie Fiedler, un defensor de la literatura pop al que no le pesa nada la desaparición de la literatura de la alta cultura, podía titular alegremente un libro “¿Qué era la literatura?” (Kernan, 1996, p. 9).

Quizás a este arquetipo del letrado como ser inútil, y a la consideración de su actividad como improductiva, contribuya la misma universidad por ofrecer en sus planes de estudio un perfil axiológico y teleológico del Licenciado en Letras desfasado con los nuevos tiempos y paradigmas. Si echamos una mirada a los planes de estudio de las licenciaturas en Letras del país, a los programas de las asignaturas y a sus prácticas pedagógicas, encontraremos algunas similitudes, entre las que podemos nombrar el acento dado al conocimiento histórico de las obras y no al estudio profundo de los métodos de análisis y

a la consideración de las nuevas manifestaciones de lo literario. Entendiendo la consabida conformación de la literatura en teoría, historia y crítica literarias, ámbitos que se entrelazan para definir así a la ciencia literaria, en los planes de estudio de la Licenciatura en Letras se evidencia un predominio por la historia, ocupando gran parte del ejercicio de aprendizaje en el conocimiento de las literaturas nacionales y regionales (Literatura venezolana I y II; Literatura hispanoamericana I, II y III), relegando a la teoría y a la crítica como meros añadidos. En la mayoría de los casos, una asignatura llamada “Teoría Literaria”, presentada en uno o dos niveles, sin conexión evidente con el resto de las asignaturas, ofrece las herramientas para tan crucial conocimiento. Debe entenderse al estudiante de Letras como un investigador, como un generador de conocimientos, y no como un repetidor de información digerida con anterioridad en manuales.

¿Qué significa estudiar Letras? ¿Cuál es el estatuto científico de los estudios literarios? ¿Cuál es la función de un crítico literario de hoy? Preguntas éstas que las Escuelas de Letras del país deben permanentemente difundir a viva voz. Tal vez de la reflexión de esas preguntas se entienda que los planes de estudio no deben estar reñidos ni ser ajenos al fluir constante del mundo. Quizás así nos demos cuenta de aquello que es inamovible de los estudios literarios, de aquello que está más allá de modas y circunstancias históricas. De aquello que lo hace imperecedero.

Ya Ángel Rama había dado la misma voz de alarma en 1978, cuando expresaba en una entrevista:

La Escuela de Letras debe preparar profesionales para un determinado medio que es la Venezuela de hoy, para las necesidades de Venezuela hoy en materia de profesionales de Letras. Este es el problema de la Escuela que hay que contemplar, y yo creo que no se lo ha planteado la Escuela seriamente. A partir del momento en que lo planteamos, empezamos entonces a darnos cuenta de los errores que tiene el pensum, de los errores que tiene el sistema de estudio, porque el problema es si este profesional sirve o no sirve a la sociedad, qué es lo que necesita darles; porque hay una experiencia que tiene la mayoría de los que egresan: egresan y no tienen instrumentos para luchar en la vida, egresan y no saben cómo actuar, cómo desarrollarse, dónde ir, dónde trabajar las herramientas (Rama, 1989, p.145).

La actualidad demanda del crítico literario un pleno conocedor de los procesos de creación artística y de cómo estas ayudan a entender a la sociedad. Un crítico literario

es un escrutador de los resortes ocultos de la existencia de las comunidades. Que, en definitiva, el crítico literario sea un investigador activo de la cultura.

4 Vertical: doctrina de los fundamentos y métodos del conocimiento científico

La revista *Investigación*, editada por el CDCHT de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela), en su edición número 14 correspondiente al segundo semestre del año 2006, publicó un dossier sobre el Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” de la ULA. Allí, en una serie de entrevistas con los protagonistas del quehacer investigativo de esa institución, se desliza una polémica que gira en torno al modo de hacer ciencia en el campo humanístico. Veamos.

El profesor Víctor Bravo, miembro del Instituto y reconocido investigador, delimita sus gustos y orientaciones metodológicas de la siguiente manera:

En mi gestión (2001-2003) traté de mantener abiertas todas las puertas, pero naturalmente uno apunta hacia su postura dominante, por tanto, la vinculación literatura-filosofía, tuvo gran importancia. Me parece que actualmente, sin tener un conocimiento completo de lo que se está haciendo, hay una dominante de los estudios culturales, paraliterarios. Esta percepción viene de Estados Unidos, se desarrolló durante un tiempo de manera muy fuerte en el Doctorado de la Universidad Simón Bolívar, luego en la Universidad Central de Venezuela. Creo que ésta es una visión de la literatura importante, pero estrecha, la he valorado y cuestionado mediante un ensayo publicado en varias revistas de Estados Unidos y Europa, titulado “¿Postcoloniales, nosotros? Límites y posibilidades de las teorías postcoloniales”, disponible en Internet” (Cárdenas, 2006^a, p. 24).

Ante estas palabras, la investigadora Carmen Díaz Orozco responde:

Es un punto de vista que respeto, sin embargo, no estaría tan de acuerdo. Al menos no en lo que a mí concierne, porque si mi interés es vincular las artes y la literatura es inevitable que el proceso me obligue a abordar la cultura. Es verdad que hay esta directriz, pero no sólo en el Instituto, también en el ámbito internacional hay una tendencia hacia los Estudios Culturales. Creo que eso es sano. Porque, finalmente ¿qué es la literatura? Es tratar de representar lo humano, y ¿lo humano no tiene que ver con la cultura? Entonces por qué establecer compartimientos

estancos entre una cosa y otra. Hablar de literatura es hablar de cultura. Divorciar ambas cosas es atentar contra los procesos culturales que dan cabida a las expresiones literarias; es mi particular punto de vista. ¿Cómo hablar de la literatura del Siglo XIX sin pensar en la sociedad, en la cultura, en la imagen y en el arte que, en ese contexto, eran procesos mancomunados? No podemos ponernos unas gríngolas para sólo ver lo literario, sería, a mi juicio, desentender la totalidad del proceso” (Cárdenas, 2006b, p. 16).

En el fondo, esta polémica es de por sí un falso problema, pues la disyuntiva que se presenta es de diversidad de enfoques metodológicos aplicados al estudio de la literatura. La ciencia en general, y en ella se incluyen los estudios literarios, fundamenta sus procedimientos y concepciones sobre la base de tres perspectivas epistemológicas: la racionalista, la empirista y la vivencialista.

Estudiar la literatura desde un enfoque racionalista consiste en observar el objeto de estudio como un hecho universal, como una pieza del lego de los valores y esencias autárquicas que no dependen de contextos, lenguas ni autores. La posición de Víctor Bravo es racionalista.

Intentar comprender la literatura desde la perspectiva empirista, es verla como un producto cultural, identificada plenamente con su contexto, del cual le debe su definición y peculiaridad mismas. Carmen Díaz es empirista.

Un tercer enfoque, ausente por lo visto de la polémica planteada en el dossier de la revista, es el del estudio vivencialista de la literatura. En él, se parte de conceptos como “sentimiento”, en vez de “comprensión”; se ve a la literatura como una actividad que permite conocernos, pero que para acceder a ese “conocimiento” se requiere de la participación de la literatura como un lector apasionado, o como un escritor más.

Estos tres enfoques epistemológicos, el racionalista, el empirista y el vivencialista, condensan las posibilidades de investigación, irreconciliables en sus fundamentos, pero necesarias todas ellas para entender el universo desde todos sus ángulos.

El crítico literario dispone de tres puertas para llegar a la verdad de su ciencia.

5 Horizontal: desprecio, olvido; lo que recibe el crítico como pago

Desde aquel niño que buscaba refugio en las historias para recuperar el asombro, hasta el crítico literario de hoy que asume su oficio como una ciencia, la lucha contra la indiferencia, la burla y el desprecio por los estudios

literarios ha sido una constante. No gratuitamente la labor del crítico literario es considerada como una de las actividades más odiadas del mundo. Al igual que le ocurre al árbitro de fútbol o al recaudador de impuestos, las más bajas pasiones del público se desatan contra el crítico, llegándolo a representar, entre otras tantas imágenes viles, como una planta parásita que vive a expensas de los creadores. Juzgar, valorar el esfuerzo hecho por otros, analizar y diseccionar lo que parece ser ya bello por sí solo nunca ha rendido gratitudes y el crítico literario termina siendo un personaje incómodo en el ecosistema literario.

Ahora que pienso estas cosas, recuerdo la mirada sombría y la pesadumbre con la cual un viejo profesor me aconsejaba acerca de mi futuro oficio: “solo hay que criticar a las buenas obras”, decía. Años después entendí el tono desesperanzador de sus palabras y lo que su consejo implicaba. Tal vez, cansado por el desprecio de sus semejantes, pensaba que lo mejor era ocuparse de las obras que sólo llevaran a un juicio positivo pues hablar mal de un libro era hacerse de enemigos gratuitamente. No estoy de acuerdo con mi antiguo mentor. Un crítico literario ordena, valora, juzga, es decir ayuda a crear el sistema literario y, aunque mal paguen, este trabajo implica riesgos que valen la pena enfrentar.

La literatura por sí sola no existe y comúnmente se confunden las obras literarias con aquella. Una comunidad, un territorio puede tener en su haber varias obras literarias y aún así carecer de una literatura que lo identifique. La literatura es una construcción social, un sistema de obras hilvanadas por categorías comunes. La literatura es una forma de entender, de organizar, de dar forma a la múltiple variedad de manifestaciones literarias y ese es el fundamental oficio del crítico literario. Sin crítica, sin la que ordena y valora tanto a “buenas” como a “malas” obras, la literatura no existiría. Aunque sea ingrato, el oficio del crítico literario es necesario para el presente y futuro de toda comunidad.

Asombro, inutilidad, ciencia, epistemología, ingratitud... palabras que forman parte del crucigrama de todo crítico literario.

Referencias Bibliográficas

-Cárdenas (2006a) “Víctor Bravo: la literatura es un esplendoroso espejo que nos revela la realidad. En: *Investigación* (14), CDCHT de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela): 23-25.

-Cárdenas, Yamilé (2006b) “Letras iberoamericanas”. En: *Investigación* (14), CDCHT de la Universidad de Los Andes

(Mérida-Venezuela): 10-19.

-Kernan, Alvin (1996) *La muerte de la literatura*. Caracas: Monte Ávila.

-Rama, Ángel (1989) "Entrevista a Ángel Rama: sobre

creación, crítica y estudios literarios". En: *Voz y Escritura* (2-3), III. (Mérida-Venezuela):141-146.

-Rosenblat, Ángel (1990) *La educación en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.